



ENAMORADA



El "Héroe mexicano, el de veras, el social y revolucionario, el salido de la entraña india—con ojos oblicuos, tez de bronce, bigotejo asianida y pelo crespo—,

es Pedro Armendáriz, protagonista de la ENAMORADA. Romance caballeresco que—tras el humilde y evangélico de MARIA CANDELARIA—ha ofrecido a la estupefacción cinematográfica del mundo ese azteca genial que se llama Emilio Fernández.

Romance. Porque tal película es eso y nada menos que eso: un Romance fronterizo. Un episodio de la Revolución mejicana, cuyo título recuerdo aquel verso viejo de DELGADINA: "¿Serás tú mi Enamorada?" Y en el que la materia épica al hacerse romancesca adquiere lirismo, música, cantar: pasión. ¡Amor! ¡Romance de la Enamorada!

Su asunto—al modo romanceril—es sencillo, dramático y breve: la guerra amorosa de un feroz Macho y de una Dama desdeñosa sobre un fondo de guerra civil. Un Macho, que, subli-



mado por el Amor, se eleva a "Caballero". Y una Dama que, por Amor también, desciende a "Hembra poblan", a sumisa Enamorada.

Y si quereis el asunto con más detalle, yo os lo narraré y os lo reiteraré de varios modos, para que percibáis bien su enorme poesía.

Cierto Jefe revolucionario—¿Villa, Natera, Zapata, Obregón, el Zarco, Demetrio Macías?—entra una mañana en Cholula al son de sus tambores, tras derrotar las fuerzas federales, gubernativas. En el acto se dispone a ejercer su justicia elemental: fusilar a los ricos para que vivan los pobres.

Los ricos son el Pasado, la Oposición, la esclavitud, las concesiones al extranjero—al gringo—de las riquezas nacionales. Los ricos: que tienen de su lado al cura. Y no pagan al maestro de escuela.

Este Jefe revolucionario paga en seguida al maestro. Y si no enjuicia al cura—más que con palabras amargas—es porque aquel cura de Cholula resultó un amigo suyo de infancia. Y también porque, en el fondo ese Generalito es cristiano, de un Cristianismo instintivo y radical que no ve cumplido sobre la tierra. Para ese Revolucionario, el verdadero Cristianismo reside en el misterio social que descubre en un viejo cuadro de 1698,



arrumbado en la sacristía: la adoración de los Reyes, de los poderosos, al humilde Niño que nació sobre un pesebre. Y como los ricos de Cholula ya no practican ese divino misterio, hay que fusilarlos.

Claro que todos los ricos no son iguales. Los hay de alma miserable, usurera, y cobarde, que pactan con todos los regímenes. Tipos así, Pedro el General los fusila en el acto. Pero también hay los ricos dignos, bravos, con idea firme de su función social e histórica. Tal: don Carlos Peñafiel, que le desafía soberbiamente hasta exacerbarle, hasta cegarle, hasta hacerle mandar también fusilar. Y si al fin no le fusila, no es por la intervención piadosa de su amigo el sacerdote, sino por algo imprevisible y fatídico: porque ese Jefe indio que nunca conoció el Amor, quedó de pronto enamorado de "Beatriz" (la maravillosa actriz "María Félix"). Beatriz; orgullosa hija de don Carlos Peñafiel, que iba en aquellos días a casarse con un ingeniero yanqui.

Dama—esa Beatriz—más enhiesta aún que su padre. Más indomable. Más altanera. Y tan valiente y dueña de sí que escarnece, castiga, humilla, afrenta al General revolucionario por todos los medios, como a un lacayo, como a un vil, como a un PELAO. Con furor, con rabia, con crueldad. Casi sospechosamente.

Y ese Jefe que no resiste a nadie, resiste sus ofensas. La inmensa tristeza de su casta india asoma a sus ojos despavoridos. Y, salvo en un momento raudo de desesperación y saña, como el de una fiera acorralada, retrocede vencido.

Pero un día, uno de sus viejos soldados—con sabiduría de petámuti, de mago anciano en una raza milenaria—se atreve a darle un consejo. Se atreve a decirle que **HACE FALTA SER MUY MACHO PARA PODER PERDONAR.**

Y de otra parte, el sacerdote católico descubre a Ella—mostrándola el cuadro de la sacristía—**QUE LOS PODEROSOS SOLO LO SON DE VERAS CUANDO SE HUMILLAN ANTE LA HUMILDAD.** Ante la Humildad divina.

El Generalito entra entonces en la Iglesia. Abraza al sacerdote. Y a ella le pide perdón, con palabras de tal fuego y dulzura como nunca las pronunciara en su vida. Ella no le contesta.

Las tropas federales se acercan a recobrar Cholula. Los revolucionarios se aprestan a la defensa encarnizada. El pueblo va a ser destruido. Pero una orden repentina—e increíble, insospechable—del Jefe hace que se retiren sin combatir. No sin que antes desfilen formados y a tambor batiente, bajo los balcones de la Casa Peñafiel.

Precisamente, en el momento que dentro de esa Casa se dispone la boda de Beatriz con el yanqui. Y hay un regalo de perlas. Y se va a firmar el acta del compromiso nupcial.

Pero al sentir los tambores bajo el balconaje y los disparos lejanos de los federales que avanzan; al sentir los cascos del caballo del Indio, ya "Caballero", por su renuncia sublime, alejarse calle abajo, pueblo afuera, ella se arranca el collar, arroja la pluma firmatoria y se lanza tras los pelados, hacia el campo, preguntando en su alma como en el viejo romance mejicano de la Magdalena:

Hortolanito, hortolano,
¿triste has visto a El pasar?
—Sí, señora; que lo he visto
antes del gallo cantar
con una cruz a sus hombros
que le hace arrodillar.

Beatriz corre, loca, corre y se funde entre las demás chinas poblanas de la chinaca que marchan tras sus hombres fatalmente. Las sobrepasa, y corre. Y al fin alcanza al Jinete que a cabeza va. Entonces, dulce y humilde, ase su mano a la montura y camina a la vera. Hasta que el Jinete, volviendo los oblicuos

ojos levemente, la percibe, marchando junto a él, alta la cabeza, decidido el mirar. «Enamorada». Sólo ahora él—tímido y transido—sonríe. Triunfal. Vencedor. Caballeresco. Mientras las granadas federales estallan a sus grupas, como notas postreras de un auténtico Romance fronterizo.

Los pelones del Gobierno: la Tradición, el Pasado, los Ricos, le arrojan, por el momento, de Cholula. Pero él se lleva—como símbolo social inmenso—la esencia de aquel pueblo: la hija del cacique señorial. La «Enamorada». La que abandonó riquezas de su Casa noble y el poderío de una boda yanqui, para ser «una más» en la impedimenta de un pelotón revolucionario. Y descender a pie—ya descalzo de andar—y penetrar con el Pueblo. Con su Pueblo. Ese Pueblo que desde entonces acá está haciendo de Méjico una nación prodigiosa en el porvenir social del mundo.

* * *

Si me preguntáis dónde he visto u oído cantar antes ese Romance, os diría que en parte alguna, por único e incomparable. Como todas las obras de arte que salen perfectas.

Pero si me dejáis serenar y acallar mi pecho—lleno aún de música y pasión—, quizá pudiera balbuciros ciertas aclaraciones que yo mismo necesito más que nadie. Al menos para sosegar me.

* * *

¿Dónde he visto u oído antes lo que narra ese Romance? ¿Dónde he intuido antes yo esa Enamorada? ¡Ah! Probablemente en el presentimiento que ya tuve hace años de la Mujer mejicana cuando adiviné lo que en sus cantos quiso expresar el Príncipe mítico de los aztecas: «Netzahualcoyotl». O en los proverbios sibilinos del misterioso POPOL VUH, biblia de aquellas razas aborígenes.

Pero eso es muy impreciso y lejano. ¿Dónde he visto yo antes esa Enamorada? Quiero pensar en la novela romántica de «Altamirano», escrita por 1861: EL ZARCO. Quiero recordar la novela prodigiosa—y ya clásica—que «Mariano Azuela» compusiera por 1915: LOS DE ABAJO. Y quiero evocar aquel Romance del bandido «Agustín Urría», donde había un verso que decía así: «Y la niña que está dentro—le hizo señas con la mano.»

Y quiero traer a memoria LA ADELITA, el cantar de la Revolución mejicana:

Con que quédate, Adelita,
Yo me voy a la guerra a pelear.
La esperanza no llevo perdida
de volverte algún día a abrazar.

¿Y acaso esa Enamorada no es la Mujer que late—ideal—en todas las narraciones indianistas de Suramérica? ¿No está en «Cumando»? ¿No es la DOÑA BLANCA de «Tabaré».

Blanca desde la tierra lo llamaba,
lo llamaba, por fin, pero de lejos...
y estrecha al chorrúa
que dulce la miró...

¿No es la Mujer que se siente y se ve en la poesía gaucha de «Ascámbi», de «Hidalgo», de «Hernández», de «Emilio Gutiérrez», de «Payró», de «Zavala», de «Lynch», de «Acevedo», de «Giciraldes»? ¿No es la DOÑA BARBARA de «Rómulo Gallegos»?



DESCENSO AL PUEBLO se denominó a este tipo de Romance en prosa que cristalizó en EL INDIO (1935), de «Gregorio López y Fuentes». En los relatos de Michoacán de «José Rubén Romero». En las AVES SIN NIDO, de «Clorinda Matto». En LOS HIJOS DEL SOL, de «Abraham Valdelomar». En la RAZA DE BRONCE, de «Alcides Arguedas». En el HUASIPUNGO, de «Jorge Icaza». En EL MUNDO ES ANCHO Y AJENO (1941), de «Ciro Alegría».

Pero sobre todo, esa «Enamorada» es la mejicana «Manuela», de EL ZARCO. Es «Camila», de LOS DE ABAJO.

«Manuela», en tierras de Yautepec, se va a casar con un honrado y noble muchacho del Pueblo, Nicolás. Pero una noche, el «Zarco», bandolero a caballo, llega bajo sus ventanas, luna llena y jazmines. Y «Manuela» abandona la casa paterna y sigue al «Zarco», a la sierra, también agarrada a las chaparreras de su montura, para confundirse con la chinaca de bandidos y mujerzuelas, por Amor.

Y así también, «Camila», la niña del jacalito de El Paso, la que superando su inclinación por Luis Cervantes, médico y periodista, se ciñe un día al caballo de «Demetrio Macías», el guerrillero, con sólo decir: «Pos es que ya le voy cobrando voluntad». Trágico destino el de «Manuela y Camila». Las Enamoradas.

«Manuela», al morir el ZARCO colgado del árbol donde siempre cantaba fatídico el tecolote, muere ella también, porque se le estalla de lágrimas el corazón.

Y «Camila»—en LOS DE ABAJO—cae apuñalada por una rival güera. rubia, la PINTADA. Y eso hace que Demetrio Macías, el guerrillero, no tarde en sucumbir, más que por un balazo de los federales, por aquel cantar que llevaba hincado en el alma:

Y de aquella herida mortal
mucha sangre me salió,
Sin saber por qué
ni por qué se yo...

A «Beatriz»—la Enamorada de Pedro Armendáriz—no sabemos lo que la ocurriría. El Romance filmado por el juglar Emilio Fernández se interrumpe—como buen Romance o Corrido—de pronto, y en ese momento de la huida. Dejándola a Ella encadenada a la silla vaquera de su Hombre, hala que hala, camino adelante, fijos los ojos en un destino ya implacable. Pero «Beatriz» sucumbió también cuando al acercarse a Puebla, un balazo le mató a él. Esto no lo cuenta la película. Pero os lo afirmo yo. Porque así sucedió a la Mujer en la vieja India, y en el remoto Egipto, y en las civilizaciones primarias de Méjico. Y allí donde el Oriente asienta su Ley de que la Hembra sólo se salva cuando sigue a su Macho más allá de la Muerte. Pero, ¿es esta Ley sólo Ley del Oriente? ¿No es la misma de la más pura poesía occidental? ¿No es la de Tristán e Iseo, la de Isabel y Marcilla, la de Romeo y Julieta, la de Hero y Leandro, la de Píramo y Tisbe, aquella de todas las parejas inmortales que dió el Amor en el mundo?

No. No es la misma Ley. Sino, precisamente, la contraria. Porque si algo esencial diferencia al Oriente del Occidente es esa supremacía del Macho, del Varón, del Amo—Tirano o Sultán—, sobre la Mujer, en las culturas orientales: el «Machismo».

(Y cuyo reflejo español diera, en el Renacimiento andaluz, el tipo del «Don Juan».)

Y al revés: en el Amor occidental o ario—trovadoro, caballeresco—es la «Mujer» quien doblega al «Guerrero», transformándole en leal «servidor», en Caballero «cortés».

(Y cuyo reflejo más penoso se diera en la Europa dantesca y petrarquista con el símbolo primero de Beatriz la florentina y luego de LAURA.) ¡Ah! Creedme que conozco bien ese alucinante combate metafísico del Amor entre Oriente y Occidente, puesto por Dios sobre la tierra.

Y ahí—ahí, justamente, y en ese combate erótico de razas y culturas—es donde radica todo el estremecedor conflicto entre esta Beatriz—blanca y pura como su florentino nombre—y su Charro indio.

Aquí está el drama entre Beatriz y Pedro. Pero también su solución. Y justamente está en el modo genial de resolver «Emilio Fernández» esa antítesis implacable entre el «Macho oriental»—azteca y tirano—y la «Fémina» de casta noble, arianada, señorial, orgullosa. Indomable.

No sólo eso. Sino que además—creedme—toda la clave de la existencia mejicana y de su lucha en la Historia moderna revélase ahí: en el Romance de Amor de esta película.

Si queréis saber el arcano de Méjico—yo os lo ruego—no descifréis más los jeroglíficos de sus pirámides, ni traduzcáis más sus inscripciones aborígenes, ni interpretéis más sus paisajes, poemas, leyendas, pinturas, rostros, canciones o cerámicas. Mirad dentro de ese «film», cuyo fondo simbólico es Cholula, la ciudad milenariamente críptica y sacra, con sus 365 cúpulas elevadas entre el Popocatepetl y el Icacihuatl. Y tendréis la revelación.

* * *

Se podría llamar «Machismo» el sentimiento genial que del Amor posee Méjico. (El Méjico eterno.)

La palabra «Macho» sustituye allí constantemente a lo que en tierra nuestra y europea llamamos «Hombre». Ser «muy macho» en vez de «muy hombre». Es el estrato último del mejicano—tal vez de todo el suramericano—, el estrato NO HUMANISTA, sino, como diría Keyserling: ANIMAL y TELURICO: el que aflora en esa palabra indescriptible del «macho» mejicano.

¿Quién puede a ese «Macho» resistir? Vedle a Pedro entrando por Cholula, sobre caballo zaino y al son de tambores. Chaqueta de paño con chaquiras, cruzada por la cruz mortal de las cananas; calzonera de paño chapetonada de plata; sombrero tejano y espuelas como soles.

¿Quién le puede resistir? Ni la «Ley», porque acaba de aplastarla bajo los cascos de su caballo. Ni la «Iglesia», porque se ha cerrado a su paso. Ni el «Dinero», porque lo saquea y lo reparte. Nadie.

Ni el «Destino» siquiera. Porque, como en la novela de Azuela, se le podría preguntar a este Macho guerrillero: «¿Por qué peleas ya?» Y él contestaría tirando una piedra al hondo barranco: «Mira esa piedra como ya no se para.» Fuerza de un sino.

Y, sin embargo, una mañana de sol, cruza frente a él y su horda revolucionaria un cuerpo grácil de mujer. Que alza—a posta—levemente sus faldas para que se adivinen unas piernas prodigiosas. Y cuando él da un grito machuno para que ese cuerpo se detenga—conminando a su portadora—, esa portadora se detiene, sí, vuelve el rostro un instante, burlón, altanero, y mira al Macho. Y el Macho—como si una bala se le hubiera incrustado en mitad de los ojos—se tambalea, inmóvil. Y palidece.

Y mientras ella—despreciativa—prosigue indemne su camino, ese Macho sólo puede exclamar una frase que será ya todo un juramento: «Con esa Mujer me he de casar.»

Y así comienza a ser doblegado ese Macho. Y así brota el Amor en ese Macho, el Amor que nunca había



conocido. Porque el Macho sólo conocía el ansia, la gana, la querencia, el celo. Pero no el Amor. Quien le ha mirado ahora no es una «Hembra» más, entre las de Cholula.

Era una «Mujer»: una «Dama», una «donosa enemía», como dijera el trovador provenzal Giraldo de Borneil.

Y aquel Macho, dueño hasta entonces de todo el pueblo, ahora herido en mitad de la frente, comienza a desfallecer, a convertirse en pelele. Se deja abofetear por Ella. Se deja escarnecer por Ella. Se deja desdeñar por Ella.

Y cuando en un momento de recuperación machuna—en la escalinata del templo—no puede más, y siguiendo la ley oriental de su raza, coge a la desdeñosa del pelo y la arroja por tierra; y hasta llega a pegar al sacerdote porque le llama cobarde, sin embargo, no tiene remedio. Está vencido. Siente, por vez primera, que el ser Macho no es bastante. Que existe en el aire mejicano algo más que el machismo. Algo más—impalpable—que dejaron en ese aire los fundadores españoles venidos de Occidente.

Y pasa horas y horas bebiendo tequila y fumando, grabando a punta de navaja sobre una mesa de taberna el nombre de «Beatriz». Borracho de inquietud más que de alcohol o tabaco. Hasta que aquel su viejo MAYOR, el sargento don Joaquín, le descubre el difícil secreto: HAY QUE SER MUY MACHO PARA PODER PERDONAR.

Y desde entonces ya todo lo ve claro, luminoso. Y empieza el Macho a dejar de ser TIERRA, ANIMAL, INSTINTO. Y un impulso de renuncia y de respeto le va levantando el alma, purificando la mirada, sosegando su furor triste. Le va armando «Caballero». Y es que sobre el genio telúrico de su entraña india acaba de triunfar el genio caballeresco que aportara un día España. Y el «Machismo» queda superado. Así.

Y entonces va a la Iglesia. Y se quita al entrar las espuelas de plata. Y reza. Y reza a la Virgen entre candelas, bajo aquellas cúpulas de oro y de alegorías. Y abraza al sacerdote. Y de rodillas, ante «Beatriz» (silenciosa bajo ru reboso), dice palabras de hombre y de música que jamás dijera su boca de «pelao». Y cuando «Beatriz», ya en su casa, duerme, él ya no es el «Macho» que ronda y acecha, sino el trovador que se lleva a sus juglares con bandoneones y guitarras para cantarla un cantar «leu» y un trovar «clus». Y, por fin, sin decirle a Ella nada más: ¡la renuncia para siempre! En puro amor.

Y es entonces cuando Ella «Beatriz»—¡oh, Laura de Cholula!—siente también que su triunfo femenino toca a su fin y se tambalea. Que la fiera Fémina europea se torna—como diría Petrarca—«Mansueta». Que su dignidad de casta blanca y española se va derrumbando dulcísimo. Y es entonces cuando Ella, la «Señorita», desciende a LOS DE ABAJO. Y se hace «Pueblo». Ya que el Macho se ha hecho «Caballero».

Y ahí «terminó el corrido de aquella honrada mujer.»

El «equilibrio» quedó alcanzado. La «Armonía», establecida. Y la lucha secular de las razas y las estirpes en Méjico, apaciguada. El Oriente integrado al Occidente. Y el Occidente al Oriente. El «Macho», convertido en «Hombre». Y la «Dama» en abnegada «Hembra».

* * *

Cuando escribo estas líneas, Suramérica frente al resto del mundo está reivindicando la posesión del Antártico, porque afirma detentar derechos que le dejara un día la Madre España.

Pues bien. Y ese otro derecho al «Amor verdadero y cristiano», entre Hombre y Mujer, ¿quién se lo legó a Suramérica? ¿Quién se lo legó al alma mejicana?

Nosotros los españoles ya no volveremos más—como españoles interventores—a América, porque no es necesario. Los españoles decisivos viven hoy allá. Sois todos vosotros, suramericanos. Sois todos vosotros, gentes de Méjico.

Mientras nosotros los de «acá», como el sacerdote de la película que a la puerta de la casa paterna, abrazado al padre, don Carlos Peñafiel—ve partir a la Enamorada unida para siempre y hasta la muerte con su Hombre—, así también decimos adiós—¡adiós!—a la Vera «Imagen de España» que se fué un día con Méjico para compartir un destino de amor inquebrantable.

El Romance de la «Enamorada»—y esto es lo que yo vi en ese Romance del «film»—era simplemente: el de una «España bravía y señorial» que un día se marchó con el «Méjico indio» a la grupa de un caballo.

ERNESTO GIMENEZ CABALLERO